

nadas. Para no morir aplastados, hay que refugiarse en cuevas, naturales ó artificiales, y por medio de galerías, bajo las nieves, mantener la libre comunicación del aire con el exterior. Los víveres acumulados durante el buen tiempo, rara vez son suficientes á las familias trogloditas, que no tienen, como las marmotas, el recurso de dormirse alimentadas por su exceso de grasa; ordinariamente, los hombres adultos abandonan en su infecta soledad á los ancianos, las mujeres y los niños, y descienden hacia la llanura para ver si en ella logran medios de existencia, al mismo tiempo buscan aventura, porque el montañés encerrado siente la necesidad de ensanchar su prisión: de lo alto de los promontorios que rodean su valle, ve el mundo á sus pies, ve abrirse ante sí el infinito, y descendiendo, camina siempre más allá, impulsado por la alegría del espacio.

Son los suizos, de todos los habitantes de Europa, los que se encuentran, no en mayor número, sino más metódicamente distribuidos en todas las partes de la Tierra, debido á que la expansión gradual de las industrias, viajando en todas las comarcas hacia las cuales irradian sus ríos, el Rhin, el Ródano, el Tessino y el Danubio les enseña el arte de distribuirse los campos de explotación: en ninguna parte ha sido mejor comprendida la ciencia de la expatriación.

La emigración parcial de los montañeses, durante la estación de los fríos, ha debido producirse en todos los tiempos hasta regularizarse con un ritmo perfecto; los habitantes de las llanuras inferiores, así visitados periódicamente, se han acostumbrado á esos pasajes de extranjeros, de la misma manera que al vuelo de las aves de paso. Los acogían con benevolencia, puesto que les traían los productos de la tierra natal, cosas útiles ó bellas, como cristales, plantas preciosas, animales raros, y les ofrecían también su trabajo temporal á cambio de pan. La necesidad les había ingeniado á crearse oficios especiales; sabían hacerse indispensables, y, merced á sus servicios, pasar de población en población sin ser molestados. Recientemente aún, antes que la inmigración europea y la construcción de los ferrocarriles hubiesen cambiado toda la economía social de la América del Sur, la tribu boliviana de los Collahuayas, que forma parte de la nación de los Apolistas, en las montañas de Apolobamba, enviaba todos sus adultos á las comarcas de las inmediaciones hasta Lima, Valparaíso, Buenos Aires y hasta el mismo Río Janeiro para vender drogas simples, piedras imantadas y remedios. Los más hábiles, que

se les reconocía por su gran crucifijo, gozaban de gran reputación como médicos. Tras años de vida errante, esos *indios del Perú* volvían á su país, llevando orgullosamente su saco de dinero, á veces acompañados de una caravana de mulas cargadas; entonces reconocían los hijos nacidos durante su ausencia y adiestraban á los jóvenes para continuar su vida de amoladores¹.

Ignorantes de los odios locales, los mercaderes de la montaña, que recorrían países en plena guerra, no tomaban partido por unos ni por otros; mas considerando buena toda industria, llegaban hasta venderse temporalmente para guerrear. Tales eran los suizos de la Edad Media, *quei villan' bruti*, de quien habla Ariosto: matar y saquear, había llegado á ser su función social.

Alábase el valor de los montañeses, otra consecuencia del medio que habitan y de su género de vida. Habiendo quedado libres y hermanos en su estrecho dominio, merced al muro de defensa que les protege, esas gentes de los altos lugares pueden imaginarse, por una ilusión



ATALAYA: VILLA DE TROGLODITAS
(GRAN CANARIA)

De una fotografía (*Sociedad de Geografía*)

natural al hombre, que los privilegios del medio son debidos á su propia virtud, y tienen en escasa estimación á la multitud esclavizada que pulula debajo de ellos en la llanura. Cada uno de sus valles constituye una pequeña república, frecuentemente aliada en federación con los valles de las inmediaciones, formando así un mundo inatacable tanto tiempo como dure la unión contra los enemigos de abajo.

¹ Lina Beck-Bernard, Hugo Reck, Bollart, etc.

Antes de la construcción de los caminos, los montañeses podían garantizarse contra toda agresión, gracias á sus escondrijos naturales, al laberinto de sus cortaduras y de sus vallecillos, á sus ásperas rocas, cuyos pasos y puntos de acceso sólo ellos conocían. Las fortalezas naturales de los montes les bastaban, sin necesidad de recurrir al arte vil de las murallas; así se explica el sostenimiento de las comunidades independientes en medio de los grandes Estados políticos. Los Guanches de la Gran Canaria, ocultos en los agujeros de las rocas, se han defendido mucho tiempo contra los ojeadores españoles. Los Abor y otros Himalayos del Este, no solamente protegidos por sus rocas, sino también por los aguaceros que riegan sus montañas durante el período de los monzones, no tienen amos todavía, aunque sea Inglaterra la nación conquistadora con quien tienen que habérselas.

No existe región montañosa, Pirineos, Alpes, Balkanes, Cáucaso, cordillera de los Andes, que en su historia moderna y hasta presente, no dé ejemplo de sociedades distintas, constituidas en repúblicas, independientes de las agrupaciones políticas de la llanura inferior. La posición de Lhasa en el país de las grandes Nieves, al otro lado de la doble hilería del Himalaya y del Trans-Himalaya, ha hecho que sea una de las últimas ciudades que haya profanado una expedición militar.

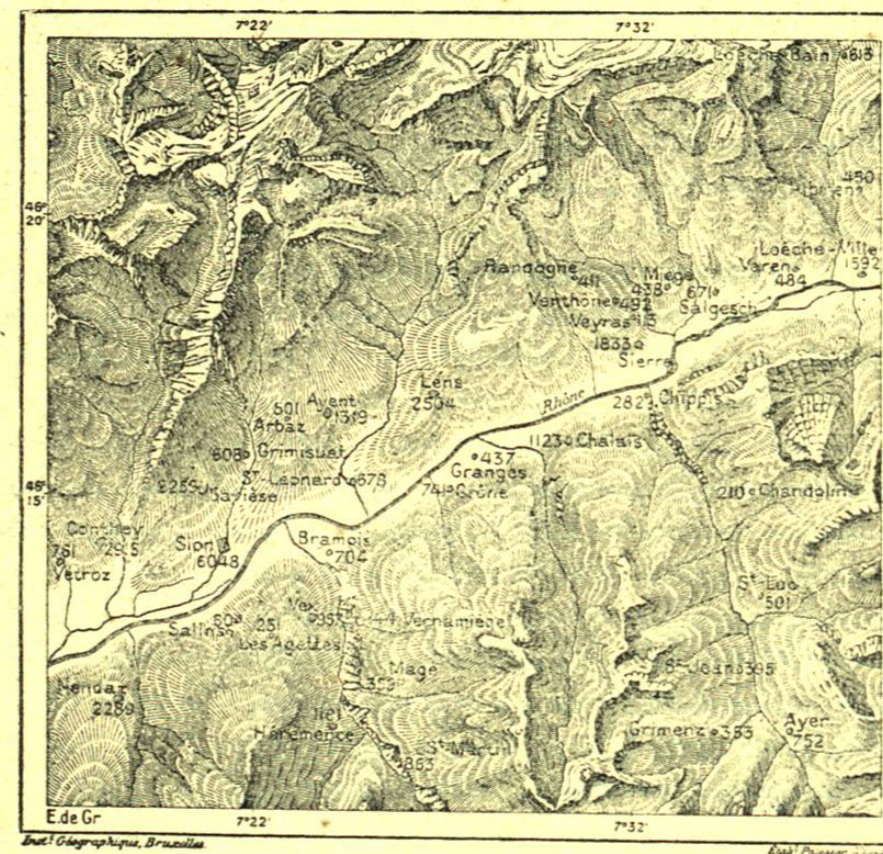
Muy fuertes para la defensa, cuando no han sido enervados por el monaquismo, como lo son los Tibetanos, los montañeses se muestran comúnmente muy débiles para el ataque: relativamente poco numerosos, forman tantos clanes distintos como valles existen; su separación había sido trazada de antemano en la estructura de la montaña. Frecuentemente fueron los montañeses saqueadores, pero no conquistadores. Todas las guerras en que se ha visto comprometida la vida de naciones enteras, se han desarrollado en las llanuras¹.

Por lo demás, cada macizo de montaña forma un conjunto tan grande y tan vario que puede ofrecerse como en resumen de toda la Tierra, pues en él se encuentran todos los contrastes procedentes de la diferencia de latitudes, de los terrenos, de las pendientes, de las calorías. Los grupos de habitantes se forman naturalmente en razón del clima, de la exposición del suelo, á menos de una causa especial de atracción, tal como las

¹ R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*.

minas ó las canteras. Las poblaciones se resguardan contra el frío ó contra el calor de las pendientes calcinadas; huyen de la roca desnuda ó demasiado escarpada y buscan las cuencas graciosas, regadas, defendidas

N.º II. Las dos vertientes del Valais



La cifra que acompaña cada uno de los nombres de pueblo, es la de la población en el censo de 1900. En los límites del mapa, la población residente al norte del Ródano, sobre la vertiente expuesta al sol, comprende 24,890 habitantes, repartidos en 19 centros. El número de los habitantes de las 19 villas situadas al sur del Ródano es de 12,066, siendo de notar que algunas de estas villas, como Hérémence, Chandolin y Saint-Luc se hallan instaladas sobre el lomo de montañas bien expuestas al sol del medio día.

por murallas de rocas. En algunas comarcas de Etiopía, por ejemplo, las cortaduras de separación, formadas por los torrentes, son de tal modo profundas, que resultan prácticamente infranqueables y limitan los reinos. El volcán Kilimandjaro no tiene menos de 83 Estados independientes en un espacio de 800 kilómetros cuadrados, que habitan unos sesenta mil individuos: los límites naturales formados por los

profundos barrancos de la montaña han cerrado las poblaciones como si fueran rebaños¹.

En grandes valles, como el del Ródano superior, se observa claramente que las casas se acumulan en los fértiles taludes de deyección, formados por los arrastres de los torrentes. Esos conos son tanto más populosos cuanto más amplia es su masa, correspondiendo á una vertiente torrencial más rica en aguas corrientes; además el lado del valle que da cara al sol, y por tanto el mejor cultivado de especies más apreciadas, como la vid, ofrece una guirnalda de poblaciones más aproximadas unas á otras².

En las llanuras y periplanicies, cada macizo de colinas, cada relieve aislado representa en menores proporciones el teatro de las vastas montañas, y las mismas oposiciones del medio influyen sobre los residentes en una medida proporcional. Así las rocas escarpadas que dominan las poblaciones y sus cultivos han favorecido la construcción de los castillos-fortalezas y de las guaridas muradas y almenadas donde se ocultaban los caballeros bandidos de la Edad Media, y también sobre los puntos dominantes se construyen en nuestros días las obras de guerra. Así mismo las cavernas, las sinuosas galerías de las grutas han podido ofrecer mucho tiempo, durante las edades de civilizaciones primitivas, las ventajas de la seguridad, como los altos valles cerrados de las montañas, y ciertas poblaciones, especialmente las magdalenianas de los tiempos paleolíticos, parecen no haber tenido otras viviendas.

A veces la naturaleza del suelo no permite grande extensión á los trogloditas: la fuerza de población y el dominio pertenecen á los hombres que viven sobre la tierra libre de todos esos laberintos misteriosos. En épocas anteriores, la raza humana, representada por sus variedades diversas, se desarrollaba tanto más ampliamente cuanto el suelo era más abierto y más templado, á la vez menos estéril y menos cubierto de vegetación frondosa, menos obstruido por rocas ó pantanos fangosos, mejor provisto de aguas claras y corrientes. Un término medio general de altura, de fecundidad y de clima presenta las condiciones más favorables para el sostenimiento y la prosperidad de la humanidad primera. Pero ¿son esas condiciones de bienestar, las más convenientes para agu-

¹ Hans Meyer, *Kilimanjaro*, pág. 235.

² Maurice Lugeon. *Archives de la Société Vaudoise des Sciences naturelles*, 15 junio 1901.

zar el genio del hombre é impulsarle en la vía del descubrimiento y del progreso intelectual? No ciertamente; se necesita una parte de obstáculos para solicitar un esfuerzo incesante; si las dificultades son demasiado grandes, la especie sucumbe; mas también parece allí donde la adaptación al medio se cumple con demasiada facilidad. La lucha es necesaria, pero una lucha que se ajuste á las fuerzas del hombre y de la que éste pueda salir triunfante.

En comparación de las montañas con valles cerrados, las estepas, las praderas sin fin, con sus débiles relieves del suelo, sus arroyos y lagunas sin profundidad y sus escasos ríos, son el país por excelencia del libre curso y del horizonte ilimitado; se extienden indefinidamente como el mar, y como sobre el mar es fácil convencerse de la redondez del planeta por la forma de los objetos que se perfilan á lo lejos sobre el cielo.

En parte alguna se siente más la alegría del espacio que en esas llanuras sin límites, descritas con tanta dulzura por los Gogol y los Tourgeniev y cantadas con tanto entusiasmo por los Petöfi. La tierra uniforme, gris, sin objeto saliente que detenga la mirada, deja vagar la imaginación libremente, y, en ese mundo ilimitado que no detiene en ningún sitio el curso del pensamiento, podría uno creerse hijo del aire como el antílope ó como el pájaro. Por lo demás, el viento es siempre el gran monarca de esas regiones bajas: allí sopla como sobre el mar, llevándose la arena, arrancando hasta el césped. En muchos puntos, el Mongol de la estepa se apresura á recoger su tienda de fieltro en cuanto la tempestad se anuncia, porque sabe de antemano que no tardaría en ser derribada y rota por los remolinos de la ráfaga¹.

Libres de ir y venir á su antojo, las gentes de la estepa no se diseminan por eso al azar, sino que, conformándose con los atractivos locales de las fuentes ó de los fondos herbosos, se agrupan voluntariamente en familias y en tribus, según sus afinidades: la necesidad de la ayuda mutua y el llamamiento espontáneo del hombre al hombre, fundan comunidades semejantes á los rebaños de herbívoros, asociados ahora á su suerte por la domesticación. Pero las fuentes pueden agotarse; las hierbas comidas hasta la raíz, no suministran ya alimento al ganado; la

¹ James Gilmour, *More about the Mongols*, pág. 187.

caza huye á otros sitios: se impone entonces la necesidad de emigrar hacia regiones de la estepa más favorablemente situadas, y poco á poco se establece una especie de ritmo en las idas y venidas de la tribu, regulado por las estaciones. Los cambios de lugar, de pasto en pasto, son los únicos que se realizan en la vida normal del Hombre de las Hierbas.

La vida en la llanura libre, pero desnuda, sin árboles, sin variedad de aspectos, resulta, pues, demasiado monótona, demasiado unificada para que los habitantes de la estepa puedan modificarse y progresar espontáneamente bajo la influencia del medio. A menos de sacudidas violentas causadas por las incursiones de extranjeros, por largas sequías, por incendios ú otros acontecimientos que les fuercen á la emigración, se mantienen en el mismo grado de civilización durante un período indefinido de siglos. Pero esas revoluciones imprevistas pueden producirse repentinamente, y entonces la población entera de la estepa, con hijos, mujeres y ancianos, con animales y objetos de campamento se retira en conjunto. El éxodo es completo.

Agregaciones de agricultores que viven separadas unas de otras, en medios diversos, unas en los valles de las montañas, otras en las márgenes de los lagos, á la orilla de los arroyos ó en los claros de los bosques, no podrían reunirse en grandes ejércitos, y quedarían retenidas por la fuerza de atracción de sus intereses locales, por ese espíritu conservador que ha esclavizado todas las sociedades agrícolas. Pero los pastores nómadas, unificados por las ocupaciones, las costumbres, el género de vida, lo mismo que por el aspecto de la naturaleza ambiente, no tienen semejantes lazos que romper: acostumbrados á la carrera á través de las estepas, pueden reunirse fácilmente; no dejando rezagados tras de sí; una nación entera puede agruparse en un solo pliegue de la estepa.

Si ciertas regiones de la Tierra, como la llanura herbosa, facilitan los cambios de lugar y hasta comunican al hombre el instinto de emigración, hay, por el contrario, lugares de residencia que pueden ser considerados como verdaderas prisiones, de tal modo se halla bruscamente limitado el dominio de la habitación. Tal es el bosque primitivo, no el bosque que se ha talado transformándole en parques, con paseos, campos de tiro y de carreras, sino la selva, cuyos árboles gigantes, misteriosos, seculares, ha respetado el hombre hasta el presente.

La enredada masa de las plantas tropicales, húmeda y sombría, no se parece á los templos solemnes de los bosques septentrionales, á las hayas, á los pinos ó abetos regularmente espaciados. No se penetra allí con el mismo sentimiento de emoción religiosa, sino más bien con una especie de terror: el matorral de espeso ramaje entretejido de bejucos, no recibe al visitante en paseos naturales de suelo liso cubierto de hojas, tapizado de musgo y alegrado con florecillas. Si se abandona la pista estrecha todo es obstáculo: el tronco, la raíz, las cuerdas entremezcladas de parásitos. Apenas desde la cima desciende algún vago reflejo de luz en el caos de las ramas y de las hojas. A cuarenta metros sobre el suelo, el bosque se expansiona á veces en una superficie de bellísimas flores, y las aves vuelan alegremente en el aire libre, rozando con sus alas las ondas de aquel mar de follaje¹, mientras que abajo, en la obscuridad profunda, el hombre camina penosamente, tropezando con las raíces, á menos que tome una senda abierta por los elefantes ó los tapires.

El bosque continuo, la selva sin límites, amazónica, india ó congoleña, constituye sobre la Tierra el elemento conservador por excelencia: las agregaciones se mantienen allí, sin cambios apreciables, en su estado primitivo, mucho mejor que los habitantes de los oasis, de las montañas ó de las regiones heladas, porque el medio se modifica en su derredor con extremada lentitud, y, pueden vivir durante largos siglos completamente apartados de los otros hombres, á causa de la obscuridad que les rodea y á la dificultad de los caminos que penetran en sus retiros². En esos bosques se encuentran aún, si no primitivos, los que más se acercan al tipo originario, tal como procuramos concebirle. En muchas regiones, los nombres de «salvaje», «selvático», «hombre de los bosques», —*orang-utang*—son completamente sinónimos. Que se suprima el bosque y por ello mismo desaparecerá la tribu, de tal modo ésta es dependiente de su medio. «Quien mata una encina, mata un servio», decía un proverbio de la Balcenia, cuando las villas del país se ocultaban aún en estrechos valles, bajo la sombra de los grandes árboles.

Viviendo como en cuevas, bajo la tibieza de un aire húmedo, las tribus selváticas tienen generalmente un matiz mucho más blanco que las gentes de las sabanas, tostados por el sol. Los rasgos de los selváticos

¹ Marcos Jiménez de la Espada, *Notas manuscritas*.

² Green, *Influence of the Forests in checking Invasions*.

son más suaves, más redondeados que los de los indígenas vecinos pertenecientes á la región de las sabanas; el carácter es también menos sólido y vigoroso; es observación general que los hombres que viven al aire libre tienen el espíritu más firme, la inteligencia más clara, la actitud más atrevida, la acogida más noble y benévola que los tímidos retirados á los bosques.

La más ignorante de las tribus del Nuevo Mundo, la de los Aimores ó Botocudos, que habitaba en la profundidad de las selvas del Brasil, sobre el Doce y el Jequitinhonha, no sabía construir chozas, ni tejer hamacas, ni trenzar cestos, ni modelar cacharros, ni cultivar el suelo; pero viviendo con las bestias de la selva y participando, por decirlo así, de sus costumbres, esos indios y sus congéneres tienen un conocimiento singularmente preciso de todo el mundo animal que les rodea; en ninguna parte se ha llevado tan lejos el instinto de la comprensión mutua, y, no obstante, no se ha practicado la cría de animales, sea para alimento, sea para servicios directos, como tracción, transporte de fardos ó colaboración en la caza; porque las condiciones materiales del medio se oponen absolutamente á ello. ¿Cómo conducirían el ganado en los espesos matorrales donde apenas es posible deslizarse, donde las gentes de algunas tribus, los Coroados—«coronados» ó «tonsurados»—se cortan el cabello por temor de enredarse en las ramas?

Por la naturaleza de su vida, las gentes de los bosques han de dividirse al infinito, en grupos poco numerosos, hasta en simples agregaciones de familias, procurando por la cosecha y la caza, acaso por una agricultura rudimentaria, sostener su vida. Hay nación, evaluada por los viajeros en miles de individuos, que se halla esparcida por vastas extensiones que en atravesarlas se emplearían varias jornadas; familias aisladas, recogidas en bosques, ó bien, los días de fiesta ó de *palabre*, tantas gentes reunidas como se encontrarían en las aldeas de Europa, he ahí todos los naturales que los exploradores encuentran en las selvas del Nuevo Mundo.

Las lenguas se fragmentan, como las razas, en semejante medio. Cada una de esas pequeñas humanidades modifica gradualmente su hablar, y, en el curso de un corto número de generaciones, el lenguaje se divide en varios dialectos muy distintos. A consecuencia de un combate desgraciado, de una inundación fluvial, puede desaparecer una lengua

con la tribu que la hablaba. Bien conocida es la historia de la tribu venezolana de los Atuses, que se extinguió, no dejando más que un loro para perpetuar su idioma¹. Este hecho raro inspiró á prosistas y poetas, y toda una literatura gravita alrededor de esa ave de los Atuses. Pero lo que se ha visto principalmente en esta historia es la melancolía de las cosas, la cruel ironía del destino, haciendo de un volátil sin pensamiento el único heredero del genio y de la vida moral de un pueblo. Vese además la suerte fatal de todos los que, viviendo aparte sin ayudarse los unos á los otros, se encuentran á merced de los acontecimientos, y destinados á la servidumbre ó á la muerte.

No solamente tienen los aislados que temer todo del destino, á causa de su corto número y de la falta de cohesión, sino que son inhábiles para modificarse, su apartada vida les hace conservadores.

Entre los selváticos es donde se encuentran los individuos que representan los tipos más antiguos por la forma del cuerpo y por la concepción de las cosas. Las poblaciones enanas del Africa y de la Insulinda únicamente subsisten en los bosques más espesos: su vida misma está ligada de una manera absoluta á la duración de la selva primitiva. ¡Qué poco cambiarán las ideas en ese medio en que apenas penetran otros hombres!

Hasta en la Europa civilizada, surcada en todos sentidos por tantos caminos, los leñadores, los carboneros y los resineros, que acampan bajo los árboles, son siempre los guardianes fieles de las tradiciones del tiempo viejo, de los cuentos y de los poemas que las gentes de la campiña abierta han olvidado ya. Ellos son también los decididos mantenedores de las libertades antiguas: los almadreñeros de Lyons, los leñadores de la Chaux, los taponeros de la Garde-Freinet fueron siempre, aun antes de la República, fervientes republicanos, y si no constituyen poblaciones independientes, les basta vivir apartados de los aldeanos y ciudadanos de las inmediaciones para conservar un modo de pensar mucho más antiguo. Hay tenaces católicos, á quienes la duda invade á pesar suyo, que celebran con envidia la inquebrantable «fe del carbonero».

Cualesquiera que sean las causas geográficas de su aislamiento, las familias ó las tribus dejadas fuera de la humanidad, siempre activa y en

¹ Alex. de Humboldt, *Voyage au regions équinoxiales*.